

La crítica constructiva

Cuando mi mujer leyó el borrador del artículo de hace dos semanas, me hizo un par de sugerencias que tras unas dudas iniciales decidí seguir. Un amigo me hizo hace unos días una observación sobre algunos ejemplos de otro artículo que me abrieron los ojos sobre otro que ya tenía preparado para el siguiente. Hace unos días, una amiga me llamó la atención porque sin darme cuenta estaba tirando directamente al suelo las cáscaras de unos frutos secos en un establecimiento público. Los ejemplos son ciertamente sencillos y nada trascendentes, pero sirven para ilustrar el favor que nos hacen quienes se atreven a hacernos una crítica constructiva.

A pesar de ello, nos cuesta trabajo aceptarla. Aunque nos pasamos gran parte del día diciéndole a nuestros hijos lo que tienen que hacer, ya de mayores no admitimos muy bien que alguien nos llame la atención o nos ponga cara a cara contra un trabajo o una acción mejorable. Y, claro, si no admitimos otra mirada sobre lo que hacemos que la nuestra no tenemos otra posibilidad de mejorar que la del milagro. Imaginemos un consejo de administración en el que todos los consejeros contestan siempre sí al presidente porque el presidente no admite otra opinión que el sí. ¿No estaremos ante un consejo inútil? ¿No será el presidente un estúpido? ¿No obtendría mejores resultados la empresa si contara con las aportaciones de otros puntos de vista?

El que se cree que todo lo hace bien no sólo es un idiota, sino que está condenado a la soledad, aunque esté rodeado de gente, porque nadie se atreverá a decirle más que aquello que quiere oír. *El mal del todo lo hago bien* es de peores consecuencias cuando el que lo padece ocupa un cargo. Los poderosos y los dirigentes políticos suelen estar rodeados de aduladores que les hacen llegar no sólo una visión feliz de la realidad, sino la idea de que esa felicidad es producto exclusivo de sus decisiones. Cuando alguien llega a un cargo, lo primero que hace es rodearse de personal de confianza, lo que suele entenderse por descabezar a los que pudieran hacerle sombra y designar como ayudantes a quienes sólo van a ser correa de transmisión de sus decisiones y filtro amable de

la realidad. En esos ámbitos en los que se premia la sumisión y se castiga la crítica, el mal de altura y el gusto por la poltrona acaban de rematar la faena, de manera que la autocrítica se hace imposible. Y cuando la autocrítica no es admitida, la crítica de la oposición suena a música celestial o, todavía peor, a berrea de frustrados.

Lo primero que hacen los dictadores es someter a control a la prensa y prohibir toda forma de crítica. Durante años estuvo prohibido el carnaval porque quienes mandaban sólo querían oír del pueblo himnos, vivas y laudes. La referencia al carnaval me sirve para sacar a colación dos ideas relacionadas: la primera, la necesidad de dotar de elegancia a la crítica (aborrezco, por ejemplo, esas letras de carnaval en la que se utilizan los defectos físicos o las desgracias personales, ya sean de los poderosos o de los humildes). La segunda, lo poco dados a aceptar la crítica que son los más críticos. Y como ejemplo siempre puede ponerse a algunas agrupaciones de carnaval, tan poco proclives a ser criticadas por otras, y a ciertos articulistas de periódico, enzarzados en batallas mediáticas o personales.

Juan Bosco Castilla